

Mi tío Pedro.

Una noche, hace muchos años atrás, estábamos en la casa de mi tío Pedro, alrededor de una fogata, las llamas parecían danzarinas, como anunciando el inicio de una historia angustiante para un grupo de primos que lo escuchaban muy atento a lo que nos iba a decir.

Comenzó a contarnos, que cierta vez en una tarde lluviosa de invierno del año 1931, cuando era un joven veinteañero, y estando en su casa en el campo, sintió golpear la puerta, de la vieja vivienda de adobe, con tres golpes, tac tac tac, él estaba solo, le dio un poco de susto, pero como campesino rudo que era, se alentó y fue a abrir. Levantó la tranca de fierro que aseguraba la entrada, y lentamente la abrió para asegurarse quien era, al observar con detención, se percató que era un pobre hombre viejo, de pelo largo y canoso y con una barba de varios días, se cubría con un poncho de castilla negro y un sombrero de paja, esa tarde llovía a cantaros, venía todo mojado y sus pies lo cubrían unas ojotas todas raídas, estaba tiritando de frío, levantó la cara y miró fijamente a mi tío, se asustó un poco y luego se compadeció de este ser tan afligido, el cual dijo:

- Señor, por favor, vengo caminando de muy lejos, me pilló la lluvia, tengo frío, estoy cansado y no me siento muy bien, y no he comido por varios días, ¿usted me podría ayudar?

Mi tío se apiadó de aquel hombre y lo hizo entrar a la casa.

- Por favor entre, no se quede de ahí mojándose.
- ¿Qué lo trae por estos lados?

- La verdad, no soy de por aquí, vengo de muy lejos, detrás de aquellas montañas y voy a visitar a mi madre que se encuentra muy enferma y pronta a morir, ella está muy viejita y vive sola, y quiero estar a su lado en sus últimos días.
- Me parece muy loable de su parte, demuestra que es un buen hijo.

El hombre hablaba lento, muy sereno e irradiaba una tranquilidad que atemorizaba, pero mi tío no tenía miedo.

- ¿Oiga futre, y como se llama usted?
- Facundo, fue el nombre que me puso mi padre, ya fallecido.
- ¿Y a que se dedica?
- Soy leñador y fabrico carbón.
- Siéntese junto al fuego, le traeré un plato de sopa y un trozo de tortilla de rescoldo, así entrara en calor.

Seguimos conversando, hasta bien entrada la noche, de historias de campo, de brujos y otros menesteres. Hasta que nos venció el sueño.

- Don Facundo, quédese a pasar la noche en mi casa, le traeré unas frazadas, para que se abrigue y además seque su ropa.
- No me ha dicho su nombre su nombre, respetado señor.
- Mi nombre es Pedro.
- Don Pedro gracias por todo, dormiré un rato.
- No se preocupe, duerma tranquilo nomás.

Así pasó la noche y la lluvia, mi tío durmió tranquilamente, hasta que un pequeño golpe en su cama lo despertó, era Facundo.

- Don Pedro ya me voy, disculpe que lo haya despertado, debo seguir mi camino, estoy muy agradecido por su hospitalidad.
- En agradecimiento, le confiaré un secreto.
- Sabe, mi abuelo, luego mi padre y ahora yo, hemos sido guardián de un antiguo entierro que nos fue confiado, y que debíamos darlo a conocer a alguna persona noble de corazón y creo que usted es la persona adecuada para entregárselo, pero solo con una condición, que demuestre su valentía.
- Pero señor, mi voluntad de acogerlo, no puede ser recompensada de ese modo, no se preocupe.
- Insisto, don Pedro, usted es el elegido.
- Mire, le daré las instrucciones.
- El 24 de noviembre de este año, en un mes más, usted debe encontrarse a media noche en el cerro de San Nicolás, junto al gran árbol de quillay, que se encuentra al lado de la roca del zorro, ¿la conoce?
- Si por supuesto.
- Bueno, ahí hay un pequeño sendero, que lo llevará hasta un ciprés seco, allí se encuentra el entierro, debe llevar una vela para que se alumbré y además una pala, para excavar.
- Lo más importante, es que no debe tener miedo, y si escucha voces, no le haga caso, debe demostrar su hombría.
- Si, sí, no se preocupe, ahí estaré.

- Bueno, un placer conocerlo y que Dios lo acompañe.

Me giré para pasarle una tortilla para el camino, y cuando me volteé, ya no estaba, había desaparecido de mi vista.

Pasaron algunos días y me olvidé del asunto, pensé que era un viejito loco nada más.

Seguí trabajando en el campo, regando las papas y choclos que había sembrado, fui a la casa a descansar esa tarde de sábado y me di cuenta en el calendario colgado en mi pieza, que era 23 y recordé que don Facundo me había dicho que al, inicio de la noche del 24, debía ir por el secreto que me había contado. La verdad que no le creí mucho, pero me entró la curiosidad, así que me dije a mi mismo: chuatita, y si es verdad, a lo mejor me convierto en millonario. Así, mi tío Pedro, se alentó y se preparó para dicha aventura, juntó algunas pilchas, algo para comer, la pala y un poncho para abrigarse.

Tras caminar unas cuatro horas, llegó al lugar, prendió la velita y la metió dentro un farol, y alumbrándose con él siguió el resto de camino que le quedaba, cuando de repente, sintió unos murmullos y unos quejidos, se asustó un poco, pero siguió adelante, pero los murmullos se transformaron en voces, con groserías y maldiciones, mi tío se acordó que no tenía que hacer caso a lo que escuchara, pero eran tanta las voces y ruidos de piedras que venían rodando, que mi pobre tío no aguantó más y salió corriendo cerro abajo, totalmente asustado y tiritando, corrió y corrió y corrió hasta llegar a su casa, tipo 3 de la mañana, entró a su choza, le puso

tranca y se metió a la cama más asustado que cabro chico, rezó un padrenuestro y se retó el mismo por andar haciendo caso de cuentos de viejos mentirosos.

Pasaron varios días de dicho episodio, creo que, como dos meses, y el tío Pedro se olvidó completamente del asunto, después se reía de lo ingenuo que había sido. Pero un buen día, temprano en una mañana lluviosa, sintió que golpeaban su puerta, pensó que era don Mañungo, un vecino que le iba a traer una yunta de bueyes para arar la tierra.

Pero grande la sorpresa al abrir la puerta, no era Mañungo, era Facundo, venía con toda la cara arañada y la ropa destrozada, y con un ojo medio destrozado por golpes.

- ¿Facundo que le sucedió?
- Don Pedro, todo fue por culpa suya, le dije que cuando fuera por el entierro, no hiciera caso a lo que escuchara, pero usted no lo hizo, se asustó y salió corriendo y los espíritus que lo cuidaban se desquitaban conmigo, por haber confiado en un hombre valiente y que no fue así, no me lo perdonarán jamás, mi tío quedó perplejo, se puso las manos en la cara para pedirle perdón, pero cuando se las retiró, Facundo ya no estaba, solo se escuchó el sonido del pájaro tue-tué, correspondiente a los brujos de la noche.

Mi tío Pedro apagó la fogata y nosotros sin decir una palabra, nos fuimos a acostar tapados hasta la cabeza con las sábanas, estábamos empezando a quedar dormidos, cuando de repente escuchamos: tue-tué, tue-tué, tue-tué, ¡nunca más le pedimos que nos contara cuentos!